

Espejo de ruidos

JORGE GALVÁN

Con su novela *Espejo de Ruidos*, Francisco Bernal Tiscareño nos invita a compartir un apasionante recorrido por el medio siglo reciente, que fortalecerá nuestra comprensión de cuanto ocurre; porque él no se conforma con que la historia la hagan unos cuantos, mientras los demás la padecemos. Se trata de estar en la historia activamente, siguiendo el lúcido pensamiento democrático de María Zambrano. Ver la realidad como realidad, es siempre un despertar a ella.

Atendiendo a esa premisa, el autor no podía haber hecho otra cosa con el cúmulo de imágenes que le arroja a la conciencia su *Aguascalientes*, llamada en éstas páginas *Espejo de Ruidos*; porque él, como los demás espejenses, tiene frente a sí, por donde quiere que vaya, este acontecer que ha ido viviendo, sufriendo gozando.

Es evidente que esa cadena de acontecimientos compartidos, no se aviene al deber ser, sino a una justicia social plagada de inquietudes, producto de la corrupción y de la impunidad. Referentes sociales que van debilitando nuestra esperanza, espejos en los que nos podemos observar y contemplar a los otros, para sentir

a toda la raza humana como protagonista de un mismo drama, así sus escenarios estén dispersos por el mundo.

Compartir con los seres reales que se mueven por estas páginas, nos permite localizar a su autor parapetado tras el personaje llamado Martell, que lo apuesta todo por una buena historia; así deteste a aquella otra que escriben, con mayúscula, los amanuenses de los poderosos. Esos tenaces triunfadores, que son capaces de borrar de un plumazo la presencia cultural de trece millones de indígenas mexicanos; en sintonía con los grupos que han promovido la globalización para apropiarse de la economía mundial.

Los mexicanos estamos viviendo, como nuestros hermanos latinoamericanos, otra década perdida. Los tercermundistas somos considerados, de la clase media hacia abajo, prescindibles.

En nuestra región se van registrando algunos cambios a muy alto costo, en medio de aciertos y contradicciones, por la claudicación ideológica de nuestros actores políticos. Estamos, en consecuencia, obligados a interesarnos por el acontecer mundial, y a sumarnos a quienes, de cara a la ferocidad del nuevo imperio, están ya en estado de alerta.

Bernal nos observa y se observa, habitando una zona del tiempo, a la que él llama "presente continuo",

que viene de un pasado que se está construyendo a cada instante y de un futuro que avanza sobre nosotros. Nuestro país ha sobrevivido a una prolongada crisis, en la que pugnan el pasado y el presente colectivos, porque las minorías no entienden a las mayorías; y por que los reaccionarios sólo saben mirar hacia atrás, estatuas de sal que impiden el fluir multitudinario, impulsado por espíritus creadores.

El novelista no se queda fijo frente a una imagen, un propósito o una idea, sino recorre con ellos los diversos caminos del tiempo; moviéndose hacia atrás o hacia delante, contrastándolos con los también diversos presentes. Porque difícilmente lograremos algo si nos negamos a revisar el pasado, y esto vale para la vida personal, tanto como para la colectiva.

Esta narración es una historia contada desde la percepción de los vencidos. Como toda aportación histórica, no se limita a establecer una simple cadena de acontecimientos. Poco sabe que la historia es drama, porque los crímenes han sido cometidos, y es el momento de conocerlos; para que lo que fue trágico, se transforme es ético. Con ese aliento, nos son relevadas, en forma novelada, las cosas de la historia; para ordenarlas en un tiempo que las hace visibles, por acabadas. No como en la irremediable tragedia griega, sino como la presentación de hechos susceptibles de ser superados, insertando el conocimiento en el proceso de nuestras vidas personales, que son parte sustantiva de la vida histórica compartida. En ello va la libertad del ser humano, capaz de anhelar, de incidir en la historia; de ir más allá de cuanto lo rodea y rescatar sus anhelos, como manifestación de la esperanza.

El hilo conductor de la historia es la búsqueda de información sobre un incipiente movimiento guerrillero que se gestó en Aguascalientes, entre 1967 y 1971, y que concluyó con el asesinato de Miguel Ángel Romo (amigo de la infancia del autor), y con el encarcelamiento de los

otros integrantes del grupo. Se trata de componer los motivos que orillaron a estos guerrilleros con pocos adeptos –que no alcanzaron resonancia entre campesinos, intelectuales, burócratas, estudiantes y ferrocarrileros– y que se lanzaron a la lucha armada, en una población escasamente politizada.

Frente a este libro, como de cara a los que han aparecido en los últimos meses, se puede apreciar que, pese a sus limitaciones, al accionar de la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado parecía abrir la posibilidad de señalar a los culpables desde una perspectiva jurídica, que desde la histórica ya han sido juzgados.

Personalmente, creo que cuanto ocurrió en la guerra sucia debe ser ventilado públicamente. Porque si no es posible obtener justicia por las limitaciones de nuestro sistema legal, por lo menos tenemos derecho a saber, en detalle, qué sucedió en esa turbia etapa de nuestra historia. Porque de haber actuado la Dirección Federal de Seguridad (y otras instancias de los tres niveles de gobierno) con apego a derecho, no se discutirían los hechos ni se buscaría, pasados tantos lustros, sancionarlos. El caso es que fue ignorada nuestra Constitución.

Los hombres y las mujeres que optaron por la lucha armada sabían cuáles eran sus riesgos, y que el Estado, en forma legítima, habría de combatirlos. Pero se optó por delinquir, al secuestrar a personas que fueron mantenidas en cautiverio clandestino y que jamás fueron presentadas ante un juez. De algunos se encontraron cadáveres; los más, fueron desaparecidos. Al respecto, es pertinente señalar que el delito de privación de la libertad no prescribe hasta que la persona sea liberada o aparezcan sus despojos.

Se trata de muertos que, como los de la Comala de Rulfo, no podrán descansar en paz hasta que se les haga justicia.

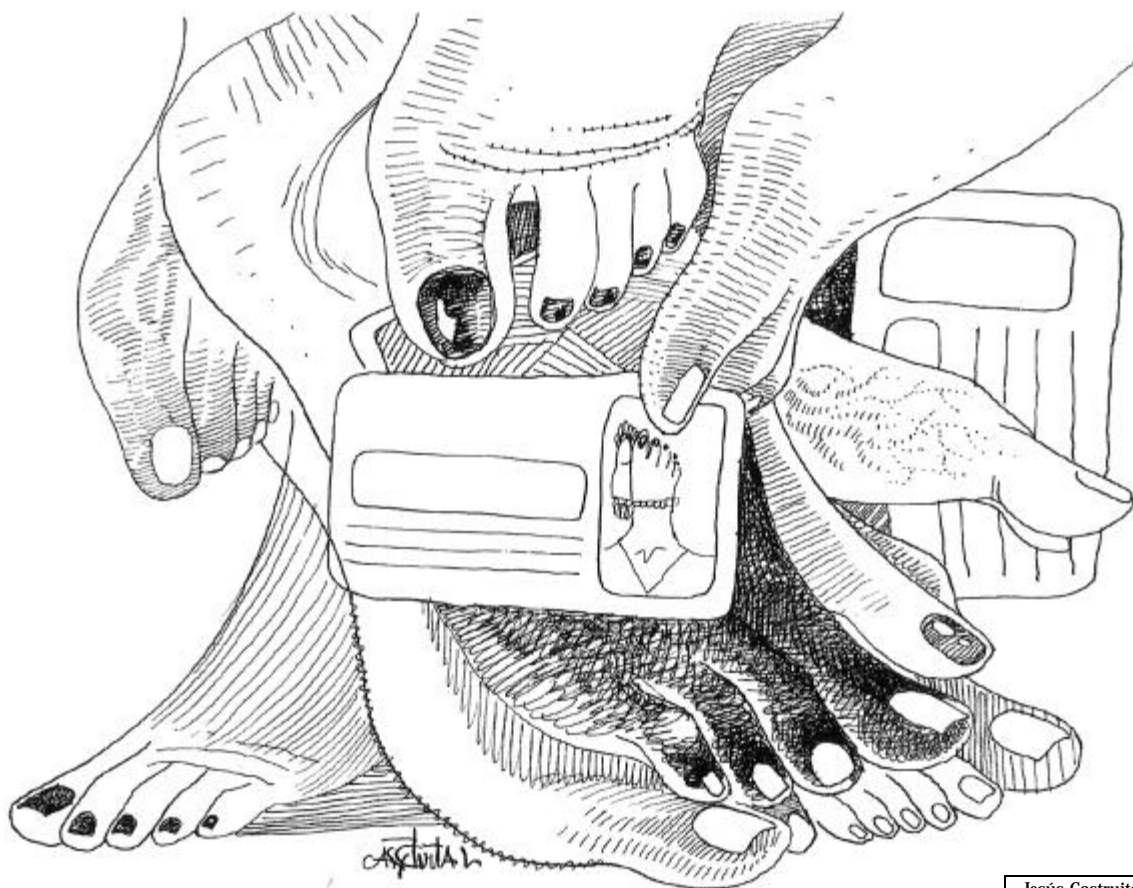
El tema ocupa el centro del debate nacional, observado desde diversos puntos de vista. El desenlace no habrá de sorprendernos, ya estamos acostumbrados a que los grupos de poder intercambien favores y todo sea negociable para los mal llamados actores políticos, que cambian de convicciones como los futbolistas de camiseta.

Leí esta novela de un tirón, porque el tema se mueve en las realidades que nos cercan, y porque está escrita con las mejores herramientas literarias y con un humanismo a toda prueba. Habría que felicitar a las autoridades municipales de Aguascalientes por esta pulcra publicación.

He disfrutado los cuentos y novelas anteriores de Paco, y me honro en ser su amigo. Admiro su vertical vocación, porque escribir, como todas las otras actividades artísticas y culturales, es de suyo ingrato, mucho más lo es si la labor se realiza fuera de la macrocefálica

capital del país. Seguimos diciendo con cansina injusta terquedad que “fuera de México todo es Cuautitlán”; y lo más triste es que quienes nacieron en otras entidades, por el simple hecho de radicar aquí, olvidan sus raíces; o engolosinados por el éxito, vanidad de vanidades, se sueñan universales y se enquistan en el poder cultural. A poco, como diría mi amigo Gutiérrez Vega, no le quitan el sueño las miserucas de la fama. No se interesa en concursos ni en becas o reconocimientos.

Francisco Bernal Tiscareño afirma: Escribir es mi coartada, mi profesión de fe, mi apuesta por la trascendencia y por la certeza de que siempre habrá alguien atendiendo la última ventanilla, por cierto, ya no de este lado del espejo. A quien haya llegado hasta aquí, le reservo un pequeño estímulo – que le vamos a hacer, soy hijo de la culpa y de un cultura pueril que no se mueve sin caramelo de por medio- tengo indicios contables de que este juego vital no concluye al cerrar el ataúd. ■



Jesús Castruita